



LA ESCUELA MÁQUINA DE GUERRA COMO CONFIGURACIONES DE RESISTENCIA ANTE LA ESCUELA INSTITUCIÓN

The War Machine School as
resistance configurations in front of
the School Institution

...

A Escola Máquina de Guerra como
configurações de resistência ante a
Escola Instituição

Por:

Gustavo Cárdenas López¹

Escuela Normal Superior Farallones de Cali, Cali, Colombia.

gustavoeducar@gmail.com

 [0000-0002-9260-2732](https://orcid.org/0000-0002-9260-2732)

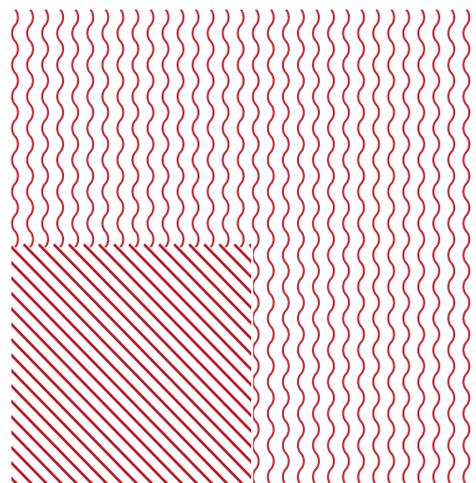
Recepción: 16/08/2018 • **Aprobación:** 03/12/2018

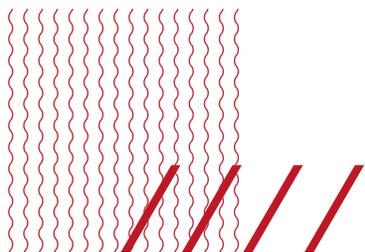
Resumen: El filósofo francés Gilles Deleuze desarrolla el concepto Máquina de Guerra, el cual hace referencia a las configuraciones de resistencia que se dan ante la emergencia del Estado. Si la Escuela como Institución hace parte del Estado, es posible que en ella se den este tipo de resistencias. De ser así, la pedagogía tendría que analizar cómo se dan estos procesos de resistencia. ¿Sería quizá una nueva pedagogía? Tal vez, y esto sería porque estaríamos hablando de una nueva Escuela, es decir, no de la Institución que tiende a

reproducir patrones de comportamiento y modelos de pensamiento, sino de la que se resiste a ella, de la Escuela que es capaz de producir cultura y para la cual hemos construido el concepto de Escuela Máquina de Guerra. Al reconocer la existencia de la Escuela Máquina de Guerra, se hace posible ver que la Escuela Institución solo existe para apropiarse de ella. Todos los dispositivos escolares institucionales van encaminados a ello, pero la Escuela Máquina de Guerra siempre vuelve y aparece, irrumpe en el espacio estriado para establecer, aunque solo sea de manera efímera, fugaz (además así tiene que ser), un espacio liso. Todos conocemos y hemos vivido la Escuela Institución. Podemos saber de su estructura, sus componentes y su funcionamiento, pero al interior de tal escuela hay otra que por lo regular no vemos o que pretendemos desconocer, una que eventualmente aparece, que resiste y combate a la Escuela Institución, es la Escuela Máquina de Guerra, en la cual también es posible visibilizar un nuevo Maestro. Tal Escuela se configura de múltiples formas, aparece en múltiples lugares, desterritorializa, desaparece, algunas veces sin dejar rastro, y nos invita a su vez a construir una nueva pedagogía.

Palabras clave: Escuela máquina de guerra; Escuela Institución; Estado; Cultura; Civilización; Resistencia; Maestro Brujo.

Abstract: The French philosopher, Gilles Deleuze, develops the concept of War Machine, which refers to these configurations of resistance that are given to the emergence of the state. If the school as an institution, it is part of the State, it is possible that this type of resistance is in it. If so, pedagogy would have to analyze how these resistance processes are given. Perhaps it would be a new pedagogy? Maybe, and this would be because we would be talking about a new school. That is to say, not of the institution, which tends to reproduce patterns of behavior and models of thought, but of which it resists to it; the school that is capable of producing culture and for which we have built the concept of The War Machine School. Recognizing the existence of the War Machine School,





it is possible to see that the school institution only exists to appropriate it. All the school institutional devices are directed to it, but the School Machine of War always returns and appears, burst into the striated space to establish, though only it is in an ephemeral, fleeting way (in addition this way it has to be), a smooth space We all know and have lived through the School Institution. We can understand its structure, its components, and its functioning. But to the interior of such a school, there is another that we usually do not see or that we pretend not to know, it is one that eventually appears, one that resists and combats the school

institution; it is the war Machine school and in which it is also possible to visualize a new master. It is configured in multiple ways, it appears in numerous places, then disappears; sometimes without leaving a trace and he invites us in turn, to constructing a new pedagogy.

Keywords: War Machine School; School; State; Culture; Civilization; Resistance; Sorcerer Teacher.

Resumo: O filósofo francês Gilles Deleuze desenvolve o conceito de Máquina de Guerra, o qual faz referência às configurações de resistência que se dão diante da emergência do Estado. Se a Escola como Instituição faz parte do Estado, é possível que nela apareça este tipo de resistências. Sendo assim, a pedagogia teria que analisar como estão acontecendo esses processos de resistência. Será tal vez uma nova pedagogia? Pode ser, e isso seria porque estaríamos falando de uma nova escola, quer disser, não da Instituição que tende a reproduzir padrões de comportamento e modelos de pensamento, senão da que se resiste a ela, da escola que é capaz de produzir cultura e para a qual temos construído o conceito de Escola Máquina de Guerra. Ao reconhecer a existência da Escola Máquina de Guerra, se faz possível ver que a Escola Instituição só existe para se apropriar dela. Todos os dispositivos escolares institucionais vão encaminhados nisso, mas a Escola Máquina de Guerra sempre volta e aparece, irrompe no espaço estriado para estabelecer, ainda que só seja de maneira efêmera, fugaz (e assim tem que ser), um espaço limpo. Todos têm conhecido e vivido a Escola Instituição. Podemos saber da sua estrutura, seus componentes e seu funcionamento, mas no interior de tal escola tem outra que regularmente não percebemos ou que pretendemos desconhecer, uma que eventualmente aparece, que resiste e combate à Escola Instituição, é a Escola Máquina de Guerra, na qual também é possível visibilizar um novo Maestro. Tal Escola se configura de diferentes formas, aparece em diferentes lugares, desterritorializa, desaparece, algumas vezes sem deixar rastro, e nos convida ao mesmo tempo a construir uma nova pedagogia.

Palavras Chave: Escola Máquina de Guerra; Escola Instituição; Estado; Cultura; Civilização; Resistencia, Maestro Bruxo.

Procedencia: Este artículo no recibió financiación.



Este trabajo está bajo la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

¿Cómo citar este artículo? / How to quote this article?

Cárdenas-López, G. A. (2018). La Escuela Máquina de Guerra como configuraciones de resistencia ante la Escuela Institución. *Praxis, Educación y Pedagogía*, (2), 130-149. Doi: [10.25100/praxis_educacion.v0i2.7796](https://doi.org/10.25100/praxis_educacion.v0i2.7796)

Introducción

Para Gilles Deleuze, el Estado moderno, nacido en occidente, reglamenta, codifica y captura; y la Escuela como Institución y parte del Estado tiene la misma función. Para este autor, desde siempre se han dado configuraciones de resistencia ante la emergencia del Estado, configuraciones a las que denomina “Máquina de Guerra” y que tienen como característica principal ser nómadas, lo que implica una movilidad constante evitando ser atrapadas. De acuerdo con lo anterior, es posible pensar que si la Escuela Institución hace parte del Estado sin duda ha de ser rica en este tipo de configuraciones. Sin embargo, la pedagogía no ha reconocido, hasta ahora, esos procesos de resistencia como tampoco la existencia de otra Escuela, una que se configura como Máquina de Guerra en cuanto emerge como proceso de resistencia ante el Estado. No sería, por supuesto, una institución; en este caso estamos hablando de una nueva Escuela, una que combate a la institución pero que sigue siendo Escuela, y lo es porque se dan en ella relaciones tanto de enseñanza como de aprendizaje, los cuales se caracterizan en este caso, por ser acontecimientos, es decir, no hacen parte de un “plan de estudios”, ni emanan de una figura de autoridad permanente (el docente). No provienen de “arriba” sino que emergen siempre desde un plano.

La Escuela Moderna es una Institución y su estructura arborescente está determinada por una serie de dispositivos que emanan del Estado. Se encuentra al servicio de éste al igual que todo aquello que la compone: estudiantes, docentes, directivos, cuerpo administrativo, etc.; todos son partes de la Institución y sus funciones son heterónomas, están previamente determinadas. No hay un solo espacio de acción

autónoma pues incluso cuando éste en apariencia se da, tal espacio es dado por la normatividad misma. Si la jornada de estudio es de ocho horas, y dentro de esas horas hay una que la norma establece como “tiempo libre”, simplemente no lo es porque se encuentra ya reglamentada. No hay autonomía cuando el espacio para el ejercicio de la misma está estipulado por un agente externo.

En una sociedad regida por normas, el único ejercicio posible de libertad es a través de lo no determinado por la norma, aun cuando aquello que la norma determine pueda considerarse beneficioso y de hecho lo sea. Las divisiones entre bueno/malo, correcto/incorrecto, etc.; son propias de la Escuela Institución, no de la Escuela Máquina de Guerra. La Escuela Máquina de Guerra no puede tener ese tipo de divisiones pues no tiene por objeto lo bueno ni lo correcto,

que suponen cierta permanencia. Lo efímero, lo fugaz, el instante, son las principales características de ésta escuela, en otras palabras, existe momentáneamente para combatir la Escuela Institución y después desaparece. Es nómada. Evitar a toda costa que la institucionalidad pueda ejercer su hegemonía de manera constante es la prioridad de la Escuela Máquina de Guerra. Es ruptura, quebrantamiento, indeterminación constante, es lo intempestivo que emerge en contra de la Escuela Institución. No presta ningún servicio a la institucionalidad pues su interés no es servir, por el contrario, es inútil a la institución y, por lo tanto, libre. Es libre pues carece de objetivo, de un “para qué”, de cualquier determinación, es el juego por el juego mismo, es la pelea por la pelea misma, por el placer de golpear y ser golpeado. Si ha de servir, solo ha de hacerlo a la cultura, pero ésta no es la que emana de la institucionalidad; las instituciones son cuerpos llenos, sin órganos; y la cultura solo es producto de las máquinas deseantes, no importa que los cuerpos llenos no cesen de apropiarse de estas producciones. Cuanto más se apropian las instituciones de lo que produce el deseo,

mayor ha de ser la producción deseante, es decir, de la misma manera como el Estado se apropia de tales producciones por medio del registro, la codificación, también es posible la descodificación y desterritorialización de los flujos (Deleuze y Guattari, 1985), y esto es lo que hace la Escuela Máquina de Guerra.

El presente artículo busca pues, entre otras cosas, primero, que se reconozca la existencia de la Escuela Máquina de Guerra, la cual, al resistirse al Estado se configura como Escuela Máquina de Guerra; y segundo, que para estudiar esta Escuela, es necesaria una nueva pedagogía, la cual habría que construir, y sería completamente anti-institucional.



Escuela Máquina de Guerra Vs. Escuela Institución

Para Touraine (2000) en la política moderna, en su afirmación central, hizo del hombre un ciudadano y luego un trabajador. Aunque esto puede ser cierto, quizá sea posible especificar que no es la política como tal, sino el Estado y lo hace a través de la Escuela Institución. Sin embargo, tal efecto no se logra más que mediante la apropiación de los flujos del deseo, generando cortes en los mismos y canalizándolos hacia un objetivo determinado. El ciudadano, que puede considerarse según sea el caso, como el buen trabajador o consumidor, es en últimas el que es respetuoso de la ley y de la norma, para lo cual no necesariamente se tiene que ser trabajador ni consumidor compulsivo. Formar al trabajador o al consumidor, puede ser quizá el propósito del Estado bajo su forma en el capitalismo, más no es el objeto del Estado en cuanto a cuerpo lleno. Las prácticas disciplinares que nacen con el capitalismo y que conocemos muy bien gracias a Foucault (2009), son solo una parte del proceso mediante el cual el Estado captura las producciones de las máquinas deseantes, pero la institucionalidad tiene un propósito más allá, y es impedir la emergencia de lo indeterminado, de aquello que pueda escapar a su control.

La producción deseante no se ordena ni se determina, por ello, todo lo que proviene de la institucionalidad es inevitablemente un obstáculo para el deseo, bloqueo del mismo, control, limitación, impedimento, incluso apropiación. “El cuerpo sin órganos (La Escuela Institución) se vuelca sobre la producción deseante y la atrae, y se le apropia” (Deleuze y Guattari, 1985 p.20). La Escuela Máquina de Guerra no ordena ni determina; ella es bloqueo de los bloqueos, impedimento del impedimento, prohibición de las prohibiciones. Asume la norma y la ley como aquello a lo que hay que resistir, aquello que hay que combatir. Encuentra su sentido en la ruptura de la norma, en el quebrantamiento de la ley; pero no necesaria ni únicamente ahí, lo encuentra también en el secreto, en “la institución no sabe lo que yo sé”, “la institución no sabe lo que estamos haciendo”. Donde aparece lo “no debido”, aparece la Escuela Máquina de Guerra. Por ejemplo, mientras el profesor “dicta” su clase, un estudiante pasa secretamente una carta de amor a un compañero, para que el compañero lo pase a otro y éste a su vez a otro (contagio), hasta que la carta llegue a manos de su destinatario, que puede ser la compañera que encabeza la fila y de quien se siente enamorado el que hizo la carta. El agenciamiento que se produce alrededor de la carta es sin duda una ruptura en la Escuela Institución, y una risa silenciosa que ya no reconoce la autoridad del docente como funcionario, como agente reproductor del Estado, que de darse cuenta que



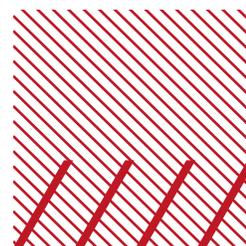
tal agenciamiento se está produciendo, podría, como un buen soldado disciplinado, llamar la atención, pedir que se le explique “¿qué está pasando ahí?”, o hasta llegar a exigir que le sea puesta en sus manos la carta. Con acciones como ésta él busca que todo vuelva a la normalidad, que se respete la Escuela Institución. Pero ¿por qué llamar a este agenciamiento Escuela? Porque se aprende, se aprende aunque no haya quien enseñe², se aprende a amar, a enamorar, a ser amigo, a colaborar con el otro, a mantener un secreto porque es alrededor del secreto que se forjan lealtades, es alrededor del secreto que se desarrolla el “sabemos y hacemos cosas que el maestro no sabe, que la institución desconoce”. Los estudiantes demuestran así y para sí que la institución no es omnipresente, no es omnividente ni mucho menos omnipotente; que pueda nacer el amor aún a pesar de que exista el maestro, a pesar de que exista la Escuela Institución. ¿Cuánto durará la Escuela Máquina de Guerra? No lo sabemos. La última receptora de la carta puede prolongar su existencia al hacer una nueva carta como respuesta, carta que en secreto deberán todos ayudar a que vuelva a quién corresponde. Esta otra carta puede ser amable, puede ser cruel, eso no importa, la Máquina de Guerra se ha puesto en funcionamiento, la ruptura está hecha, la institucionalidad ha sido burlada.

Sea como sea, la Escuela Máquina de Guerra no puede existir de manera permanente, la permanencia permitiría su captura y perdería su capacidad de ruptura, de indeterminación. La Escuela Institución instala dispositivos de duración, mide, divide, cuantifica. Es de carácter extensivo, no así la Escuela Máquina de Guerra es de carácter intensivo. Ésta tiene que desaparecer, como la tienda del nómada y el plano de inmanencia habrá de restablecerse, pero esto no quiere decir que la Escuela Máquina de Guerra ha sido vencida, por el contrario, si no fue capturada, ésta siempre puede aparecer de nuevo. Lo que es de nuestro interés aquí es que el flujo continúe, que no cese el devenir, que se sigan encontrando o construyendo puntos de fuga, puntos que puestos en movimiento se convertirán en líneas. Una línea no es una sucesión de puntos sino un punto a velocidad infinita. Al final solo queda esa sensación de que lo que será siempre puede ser de cualquier manera, aunque lo que fue nunca pudo ser de otra forma; quedan las miradas cómplices, el recuerdo de haber hecho lo no debido y las ansias por hacerlo de nuevo, de que, en cualquier momento, no se sabe cuál ni con qué pretexto, se construyan nuevamente las condiciones para que un nuevo agenciamiento se produzca.

Otro caso donde podemos ver la Escuela Máquina de Guerra en funcionamiento puede ser cuando los estudiantes, en lo que era un pasillo, deciden por ejemplo, colocar a un lado dos zapatos o dos maletines, y lo mismo al lado opuesto, entonces por un momento ya no hay zapatos ni maletines, hay

una cancha de fútbol y se juega en ella. Hay un proceso de desterritorialización, una nueva cartografía del espacio. Los agentes del Estado dirán: “no se juega en el pasillo”, o “para jugar vayan a la cancha”, ellos intentarán restablecer el espacio estriado, y pueden lograrlo, pero una vez pasan los agentes del Estado, la Escuela Máquina de Guerra puede volver a emerger, se puede volver a configurar de manera momentánea, efímera, fugaz. El Estado es ingenuo, la Escuela Institución es ingenua, por eso podemos burlarnos de ellos. La Escuela Máquina de Guerra por el contrario es inocente. La inocencia no es ingenuidad, no es un “no saber”, es *saber de manera diferente*, es un saber que no existe, que apenas es creado, un saber intempestivo que irrumpe en el “¡tú debes!” y grita con fuerza “¡no debo nada!”. No en vano Nietzsche valora tanto la niñez y la convierte en la última y superior transformación del espíritu. A la Escuela Institución no le preocupa tanto formar adultos, ciudadanos, como sí eliminar al niño, impedir que crezca. Las personas no se forman solo en la escuela, pero sí es en ella donde es posible acabar con el niño, apropiarse de él, imponerle un “deber ser”, sembrarle árboles en su cabeza. Pero este árbol del que hablamos no es el árbol natural, no es ese que carece de jerarquías entre sus partes; sino aquel artificial, aquel que fija un arriba y un abajo. La Escuela Institución corta, mutila los flujos, los ordena según un orden superior previamente establecido. “El Estado pretende ser la imagen interiorizada de un orden del mundo y enraizar al hombre. Pero la relación de una máquina de guerra no es otro “modelo”, es un agenciamiento que hace que el propio pensamiento devenga nómada.” (Deleuze y Guattari, 2002, p.28).

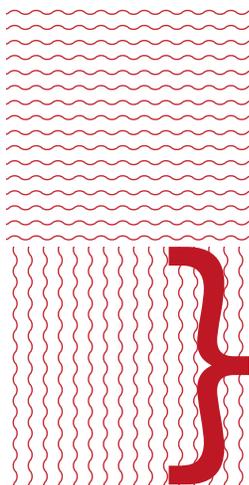
Recordemos que la Escuela Máquina de Guerra no puede ser valorada desde lo bueno o malo, desde lo correcto o incorrecto. Los niños configuran máquinas de guerra todo el tiempo, pero la mayoría de ellas pasan desapercibidas para el ojo del adulto. La Escuela Institución se especializa en capturar la mayor cantidad de configuraciones posibles, para ello inventa la pedagogía³. Por eso la Escuela Máquina de Guerra puede ser en ocasiones violenta y producirse también cuando, por ejemplo, dos estudiantes se pelean, o cuando se citan a las afueras para darse golpes, para solucionar un problema cualquiera, pero a su manera. Ellos saben que la Escuela Institución a veces pretende arreglarlo todo a través de acuerdos y compromisos firmados que no siempre funcionan, que solo sirven para que el maestro funcionario del Estado se sienta bien consigo mismo por estar haciendo lo “correcto”, lo “debido”. Los estudiantes que configuran Máquinas de Guerra, saben bien que convivir no siempre significa caerse bien, ni amarse los unos a los otros, ellos saben que convivir es también que “otro me cae mal”, o que “le caigo mal a otro”, que se puede guardar cierta rabia. Esas son cosas que pasan en la Escuela Máquina de Guerra, y que la Escuela Institución pretende



normativizar, convertir en acuerdos firmados de no agresión, lo cual es muchas veces contraproducente, porque tener que darle la mano a quien no se quiere dar la mano, solo para evitar una sanción, puede terminar por incrementar el sentimiento de ira en contra de esa persona.

Por supuesto, el presente escrito no se ha de entender como una apología de la violencia ni de la delincuencia, pero sí como un nuevo lugar desde donde podemos observar estas configuraciones de sentido, estas relaciones, estos agenciamientos como procesos de resistencia ante el objetivo del Estado, ante el interés de la Escuela Institución por apropiarse de todo. La escuela Máquina de Guerra produce aprendizajes que de ninguna manera podrían provenir de la Escuela Institución, que por lo regular se excusa en su propósito “formar buenos ciudadanos”, personas “de bien”. Según el criterio del Estado, lo que sería una “persona de bien” es una persona conocedora de la institucionalidad y respetuosa de la misma, que para todo sigue un “debido proceso”. Con ese objetivo supuesto acaba con la niñez, se apropia de ella, la capitaliza a su favor. La pedagogía institucional hace del niño un objeto de estudio, aún incluso cuando dice reconocerlo como sujeto y no como objeto no deja de apropiarse de él, de definirlo, de definir sus pensamientos y sus acciones, de registrar, codificar, despedazar, desmembrar. Lo hace digerible, inteligible, comprensible. La Escuela Institución pretende explicar todo del niño, saber de él más de lo que sabe él mismo. Esto es algo que ante la pedagogía como ciencia nómada es ridículo, pero la pedagogía institucional se lo toma en serio, se lo cree y lo hace creer, le dice a los padres: “¡yo sé por qué su hijo hace lo que hace!”, y no contenta con ello, dice también: “¡yo sé qué es lo que su hijo tiene que hacer!”.

Para finalizar esta parte es importante aclarar que no toda ruptura de la norma o la ley termina necesariamente en la configuración de una máquina de guerra. La estupidez no es ajena a lo que no se ajusta a la normalidad o a la ley, y es que también pueden existir configuraciones absurdas, prácticas que desembocan en acciones repetitivas y constantes que carecen de cualquier posibilidad de transformar puntos de fuga en una línea (el uso constante de dispositivos electrónicos puede ser un ejemplo, prácticas que desembocan más en una enajenación que en un agenciamiento), de conexión con algo más allá de la institucionalidad. Por eso, la Escuela Máquina de Guerra es mucho más que la ruptura en la Escuela Institución, ella ha de crear, de producir, y ¿qué es esto que se crea, se produce?, una sola cosa: cultura.

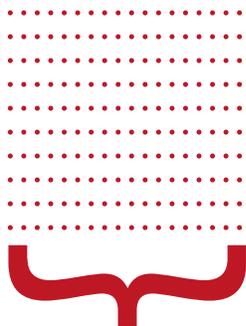


La Escuela Máquina de Guerra como productora de cultura

La educación ha de recobrar su relación con la filosofía. La Escuela Institución ha separado por completo las prácticas educativas de las prácticas culturales, aunque presume que éstas son lo mismo⁴. No hay práctica cultural al interior de la civilización sin filosofía (Cárdenas. 2018). No hay cultura que pueda provenir del Estado pues éste en cuanto a cuerpo sin órganos, solo puede apropiarse de las prácticas culturales, no es capaz de crearlas, de producirlas. Las prácticas culturales emergen siempre desde un plano de inmanencia, el cual “tiene dos facetas, como Pensamiento y como Naturaleza, como Physis y como Nous” (Deleuze y Guattari, 1993, p.42). La filosofía, como creadora de conceptos, emerge del plano de inmanencia como pensamiento, y la cultura como conexión con lo vivo, lo viviente⁵, emerge del plano de inmanencia como naturaleza. La cultura (cultivo), es bien distinta a la civilización (ciudad-ciudadano), tanto que la primera no necesita de la segunda para poder existir, para poder ser creada. La civilización supone pues un establecimiento, un sedentarismo continuo. El orden establecido de la civilización implica una jerarquía, un arriba y un abajo; todo lo contrario a un plano. La Escuela Institución como empresa al servicio del Estado, ha de ajustarse a los límites que éste le impone, límites que solo puede romper la Escuela Máquina de Guerra que busca siempre una conexión con la cultura, que se encuentra por fuera del espacio estriado de la civilización. Por esta razón, la filosofía como actividad del pensamiento es la única práctica del intelecto que ha de considerarse como práctica cultural, así pues, la Escuela Máquina de Guerra es inseparable de la filosofía y requiere para su estudio de una pedagogía completamente diferente, la cual ha de servir para lo mismo que sirve la filosofía. Como ejercicio de comprensión, podemos ver la respuesta que da Deleuze a la pregunta ¿Para qué sirve la filosofía?, y en lugar de donde aparece filosofía, leeremos “pedagogía”, teniendo siempre presente que nos referimos única y exclusivamente a una nueva pedagogía:

Cuando alguien pregunta para qué sirve la filosofía (pedagogía), la respuesta debe ser agresiva ya que la pregunta se tiene por irónica y mordaz. La filosofía (pedagogía) no sirve ni al Estado ni a la Iglesia, que tienen otras preocupaciones. No sirve a ningún poder establecido. La filosofía (pedagogía) sirve para entristecer. Una filosofía (pedagogía) que no entristece o no contraría a nadie no es filosofía (pedagogía). Sirve para detestar la estupidez, hace de la estupidez una cosa vergonzosa. Sólo tiene un uso: Denunciar





la bajeza del pensamiento en todas sus formas. ¿Existe alguna disciplina, fuera de la filosofía (pedagogía), que se proponga la crítica de todas las mixtificaciones, sea cual sea su origen y su fin?... hacer del pensamiento algo agresivo, activo y afirmativo. Hacer hombres libres, es decir, hombres que no confundan los fines de la cultura con el provecho del Estado. (Deleuze, 1998, p. 149-150).

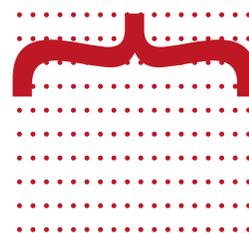
Ya vimos pues que la Escuela Institución está al servicio de la civilización y que la Escuela Máquina de Guerra está al servicio de la cultura y solo de ella. Si La Escuela Máquina de Guerra se opone a la Escuela Institución, podemos concluir que a través de ella la cultura se opone a la civilización. Nunca la cultura ha sido producto de la civilización, de hecho, existe desde mucho antes que cualquier civilización. Por lo anterior, podemos afirmar, como Deleuze (1998), que “la cultura es la actividad prehistórica del hombre” (p.188). La cultura está en estrecha relación con la geografía, mientras que la civilización hace parte de la historia. La Escuela Institución es cosa de sedentarios, de establecimientos, pero la Escuela Máquina de Guerra es asunto de nómadas, de movimientos. La civilización pues se encuentra en el orden de lo establecido, mientras que la cultura se encuentra en el movimiento, se compone de múltiples vectores multidireccionales. Aquí no entendemos la cultura como la costumbre o tradición, aunque éstas puedan ser consecuencia de las producciones culturales. La costumbre, la tradición, es el nombre que da el Estado a las prácticas culturales de las que se ha apropiado, todo en nombre de la civilización.

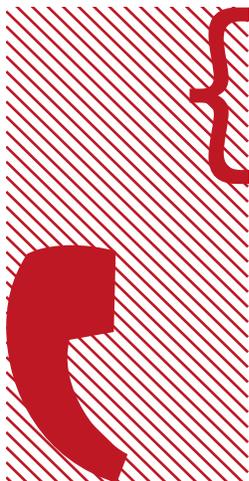
La cultura es un plano de inmanencia, un espacio liso desde el cual emergen construcciones de sentido, es el lugar desde el cual se establecen múltiples relaciones con lo vivo. La Escuela Máquina de Guerra, como productora cultural, como constructora de sentido, está siempre en estrecha relación con lo vivo, relación que se establece desde el lenguaje, pero es un lenguaje contrario al de la Escuela Institución que define, establece límites e impone significados. El lenguaje de la Escuela Máquina de Guerra no establece límites, los rompe; por lo tanto no define, no dice ¿qué es?, sino que está más en relación de ¿qué puede ser?; no relaciona un significante con un significado predefinido; a un significante cualquiera le crea un nuevo significado, lo carga de sentido. Esto ocurre de manera repentina, intempestiva. Veamos un ejemplo de ello:

En un salón de primaria, a inicios del siglo XXI, una niña se enfrenta a una difícil situación pues hay otro niño que con sus actitudes le genera una constante incomodidad. Cada vez que la niña habla, él la interrumpe, se burla de sus opiniones, le pone apodos y hasta trata de ofenderla usando palabras vulgares. El promedio de edad de los niños de este salón varía entre los nueve y los diez

años, y cada vez que el niño molesta a la niña el resto del salón se burla y la niña dando muestras de tristeza se pone a llorar. Un día, sin embargo, pese a ser molestada como en ocasiones anteriores, la niña no llora, solo se para en frente de su compañero y le dice: “Mire bien lo que voy a hacer”. Ella empieza a mover sus brazos como haciendo enormes círculos con ellos, al tiempo que con su cuerpo da vueltas, como si se estuviera envolviendo en los círculos que está haciendo. Finalmente pone de nuevo su mirada fija en el niño y pronuncia las siguientes palabras: “Esto es un escudo. Todo lo que usted me diga se lo está diciendo a usted”. Finalizadas estas palabras, el niño nuevamente le lanza expresiones ofensivas, pero esta vez la niña, cubierta por su escudo mágico responde con insistencia: “No se trate mal”. El niño no dice nada más, solo calla y se suelta en llanto. El inconveniente entre ambos nunca se vuelve a presentar por el resto del año escolar y tan solo un par de semanas después, ambos niños son vistos por el maestro riendo juntos.

La niña es un mago, el mago es un niño. ¿Qué hace un mago? Transforma la realidad habitual, fascina. El Mago es uno de los principales críticos de la humanidad pues nos demuestra a nosotros, a los seres humanos, que la realidad habitual nos hastía. Lo curioso del Mago es que nos demuestra esto precisamente, que nos gusta escapar, aunque sea por un instante, de lo establecido. Casi todo el que va a ver al mago es consciente de que detrás de la magia debe haber un truco, pero es un truco que no quiere descubrir para que la magia lo fascine, o ¿puede fascinarnos un acto de magia del cual sabemos su secreto? La niña de la que veníamos hablando, le transforma su realidad cotidiana al niño, hace un truco con sus manos que va acompañado de unas palabras que parecen un hechizo mágico. Usa el lenguaje, la palabra, para crear una nueva realidad en la que la niña efectivamente no se siente afectada por las frases que el niño pronuncia en su contra y, por el contrario, éste sí se siente ofendido y lleno de rabia por las palabras que él mismo pronunció, ante las cuales la niña es inmune pero que extrañamente se devuelven contra él y lo lastiman hasta hacerlo llorar. Hasta aquí lo que hacía ella era mentira, pero el rito se completa con el llanto del niño que legitima las acciones de la niña y termina, por lo tanto, construyendo otra realidad en la que él es quien derrama las lágrimas y no ella, y esa es una nueva verdad. Un antecedente muy conocido de esto, está en el Génesis de la Biblia, donde interesadamente Dios crea el mundo en la medida que lo va nombrando, como si éste no existiera, o por el contrario, sí existiera pero *como parte de un todo con partes indiferenciadas* (plano de inmanencia). Dios crea la luz cuando la nombra (Génesis 1,3), de la misma forma como la niña crea un escudo al nombrarlo.





La Escuela Máquina de Guerra que se configuró con los dos niños, produjo cultura. La cultura no se decreta, no se ordena. Los planes de estudio, de aula, los estándares de competencias o los lineamientos curriculares, etc.; son dispositivos de la Escuela Institución, que en muchos casos cuentan con el fundamento cómplice de la pedagogía institucional, que intenta capturar las prácticas culturales que emergen de la Escuela Máquina de Guerra y direccionarlas al servicio del Estado. Sin embargo, aún en la Escuela Institución, eventualmente el docente abandona su lugar como funcionario, lo deja vacío, y deviene Maestro de Máquina de Guerra, deviene Filósofo, Chamán, Taita, Curaca, anciano Payé, Brujo o Hechicero; esto es, deviene guardián de la cultura y se convierte en un combatiente en contra del Estado, en alguien que no es uno sino múltiple, que carece de identidad fija, y se aparta del “ser”, es el maestro que ya no dice “soy”, sino “voy siendo” (Cárdenas, 2014, p.57).

El Maestro Filósofo de la Escuela Máquina de Guerra, el Brujo, el Hechicero⁶

Partamos de un axioma. El Maestro de la Escuela Máquina de guerra no tiene nunca la pretensión de enseñar, su característica fundamental es la intención de aprender. Ahora bien, aprender, visto no desde la Pedagogía Institucional, sino desde la Pedagogía Ciencia Nómada, no supone de ninguna manera la existencia de un conocimiento previo (el cual sería el que se aprende), ni tampoco la construcción de conocimiento por parte de unos sujetos con identidades fijas. En la Escuela Máquina de Guerra, no hay identidades, solo devenires, (haecceidades si se quiere). El niño de la Escuela Máquina de Guerra carece de un “Yo”, aunque la Escuela Institución se empeñe en forzarlo a decir “Yo”. El docente funcionario insiste permanentemente en atribuir al niño una identidad fija. Los niños, por ejemplo, no se disfrazan, ellos se transforman, devienen héroes, princesas, incluso padres o madres; pero ahí donde hay multiplicidad, el adulto solo ve identidad, una identidad disfrazada pero siempre lo mismo. Si pensamos en el niño como esquizo, podemos ver la Pedagogía Institucional de manera similar a como vemos la Ciencia Médica, ya que:

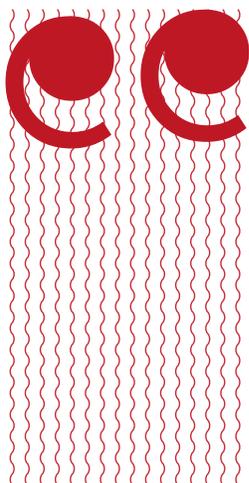
Tal vez se diga que el esquizo no puede decir yo, y que es preciso devolverle esa función sagrada de enunciación. Ante lo cual dice resumiendo: se me vuelve a enmarranar. “Ya no diré yo, nunca más lo diré, es demasiado estúpido. Pondré en su lugar, cada vez que lo oiga, a la tercera persona, si pienso en ello...” (Deleuze y Guattari, 1985, p. 30, 31).

Podemos decir entonces: ¿Cómo se produce el aprendizaje en la Escuela Máquina de Guerra? Y ¿qué sería entonces el Maestro de la Escuela Máquina de Guerra? El aprendizaje es la misma producción deseante, “si el deseo produce, produce lo real. Si el deseo es productor, sólo puede serlo en realidad, y de realidad” (Deleuze y Guattari, 1985, p.33). Recordemos que “el gran descubrimiento del psicoanálisis fue el de la producción deseante [...] sin embargo [...] el inconsciente productivo fue sustituido por un inconsciente que tan solo podía expresarse” (Deleuze y Guattari, 1985, p.31), es decir, el contenido manifiesto solo importaba como expresión de un contenido latente, el cual estaba ya previamente establecido como un problema edípico. Algo similar sucede cuando, por ejemplo, el docente funcionario acusa al niño que juega en su clase de padecer un supuesto “déficit de atención”, e incluso se apoya en la psicología para ello; él no se pregunta ¿a qué presta atención el niño?, ni mucho menos ¿qué le es más atractivo que mi clase?, ya que previamente supone que su clase es más importante que el juego. El juego, como producción deseante es aprendizaje puro; y solo el Maestro de la Máquina de Guerra es capaz de comprenderlo, por eso, abandona su papel de docente funcionario al servicio de la institución, del Estado, y deviene niño. Esto no significa que juegue de la misma manera o se convierta en un personaje que se “entretiene”, lo que queremos decir aquí, es que este Maestro de inmediato reconoce el absurdo que encierra, por ejemplo, el currículo; es entonces cuando deja de ser él, deja de ser un “yo” y se dispone a aprender. Podemos decir del Maestro de la Escuela Máquina de Guerra, algo similar a lo que dijeron alguna vez Deleuze y Guattari (1985) sobre Nietzsche en el Antiedipo, esto es que:

No existe el yo-Nietzsche, profesor de filología, que pierde de golpe la razón, y que podría identificarse con extraños personajes; existe el sujeto nietzscheano que pasa por una serie de estados y que identifica los nombres de la historia con estos estados: yo soy todos los hombres de la historia. (p.29)

¿Qué puede significar ser todos los hombres de la historia, sino ser el guardián de un conocimiento muy antiguo que ha permanecido gracias a quienes lo han salvaguardado? ¿qué conocimiento puede ser ese? Todo se transforma, pero desde que se erigieron los primeros muros de la civilización se estableció un orden, una linealidad. La civilización impuso el progreso, el desarrollo, como valor fundamental; nos distanciamos cada vez más de lo vivo y lo viviente, del deseo, todo en nombre de ese progreso. Todos al servicio del Estado, un Estado que cuando entra en crisis se victimiza y lanza su mandato: ¡Salvadme! ¡Respetad la institucional! ¡No olvidéis que de mí emanan todos vuestros derechos! Pero solo el filósofo sabe la falsedad de tal pronunciamiento, y es





entonces cuando crea conceptos, cuando reconoce más allá de la institucionalidad la imagen del pensamiento, y en la Escuela Institucional, pieza fundamental para el sostenimiento del Estado Moderno, es capaz de producir y/o permitir la configuración de actos de resistencia.

Sabemos que el Maestro Brujo, Hechicero, tampoco existe de manera permanente, sería fácil para el Estado capturar sus prácticas, apropiarse de ellas hasta finalmente controlarlo. Sabemos también que ha de mostrar que cumple su papel como docente funcionario, pues para eso el Estado lo ha puesto en la Escuela Institución y lo vigila, lo evalúa, lo examina. Incluso sabemos y no podemos desconocer, que hay un factor contractual, económico y social, que obliga a que se muestre siempre como respetuoso de la institucionalidad; pero él sabe que su compromiso real no es con el Estado, es con la cultura, con el pensamiento.

¿Cómo se puede pues, producir pensamiento, realidad, cuando el Estado cada vez se especializa más en la captura de las producciones deseantes? ¿Cómo lograr configurar Máquinas de Guerra como maestros, cuando cada vez es más difícil abandonar nuestra posición de docente funcionario? El Estado, por ejemplo (para el caso de Colombia), tiene la directriz de que se debe enseñar el “Himno Nacional”; tarea sencilla para el docente funcionario que simplemente pone a repetir cada estrofa a sus estudiantes; pero el Maestro Brujo, Filósofo, como un mago, como hechicero, muestra una cosa pero hace otra; cumple mostrando a sus estudiantes el himno, pero jamás deja de desafiar al pensamiento, y si ha de enseñar que “cesó la horrible noche”, lo hace solo bajo la problematización de tal afirmación, la transforma en pregunta, y sus estudiantes han de pensar una y otra vez ¿de verdad cesó la horrible noche?; o ¿realmente existe una libertad sublime? Nada está dado y todo puede ser problematizado, todo puede ser cuestionado; bajo tales circunstancias toda la clase tiene la posibilidad de configurarse como una gran Escuela Máquina de Guerra; ahora no son solo los estudiantes los que “saben lo que el docente no sabe”; es toda la clase quien puede decir para sí “hacemos lo que el Estado no sabe qué hacemos”; ese es nuestro secreto; hay una práctica de la libertad, el pensamiento que emerge no está determinado por el Estado, incluso, gracias a la complicidad del Maestro podemos reír de nuevo, jugar de nuevo; reírnos del Estado, jugar a que el Estado no es todo poderoso, reconocer que es ingenuo y nosotros inocentes.

El Maestro de la Escuela Máquina de guerra es pues una singularidad carente de identidad, o una multiplicidad de identidades si se quiere, identidades como sabemos, no fijas sino variables; deviene, se desplaza de aquí para allá y luego nuevamente retorna, es nómada. “Es cierto que los nómadas no tienen historia,

sólo tienen una geografía. Y la derrota de los nómadas ha sido de tal magnitud, tan completa, que la historia se identifica con el triunfo de los Estados” (Deleuze y Guattari, 2002, p.396). Esto es, el triunfo de la civilización; lo que no quiere decir que el nómada haya perdido su capacidad de generar rupturas, por el contrario, cuanto más todo poderosos parecen los Estados, las máquinas de guerra adquieren nuevas formas, y es que:

Cómo explicar que los nómadas hayan intentado destruir las ciudades y los Estados, si no es en nombre de una organización nómada y de una máquina de guerra que no se definen por ignorancia, sino por sus características positivas, su espacio específico, su composición propia. (Deleuze y Guattari, 2002, p.397).

El Maestro Brujo, en cuanto a nómada, no se ubica en un lugar determinado por el Estado, y por más que el Estado le vigile y vea un docente funcionario, solo será por el poder mágico del hechicero; pero éste deviene siempre, configura una Escuela Máquina de Guerra; “contra los aparatos que se apoderan de las máquinas, y que convierten la guerra en su problema y su objeto, se constituyen máquinas de guerra: frente a la gran conjunción de los aparatos de captura o de dominación, esgrimen conexiones” (Deleuze y Guattari, 2002, p.422). Eso hace el Maestro Filósofo, no se reconoce nunca como autoridad jerárquica en la escuela; incluso, solo con eso, facilita la emergencia de la Escuela Máquina de Guerra.



Conclusión

Existe una Escuela Máquina de Guerra, y es una escuela que combate a la Escuela Institución; pero combatir la institucionalidad es más que eso, es resistirse a la emergencia del Estado, tal resistencia la entendemos como única práctica posible de libertad y la libertad a su vez la entendemos como práctica cultural, es decir, no determinada de ninguna forma por la institucionalidad; algo que no está de ninguna forma a favor del Estado y su proyecto civilizatorio, y que por el contrario emerge desde un plano de inmanencia.

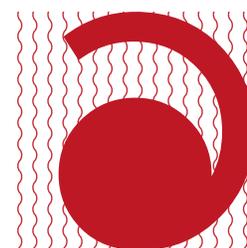
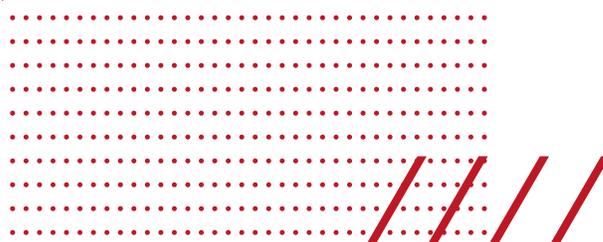
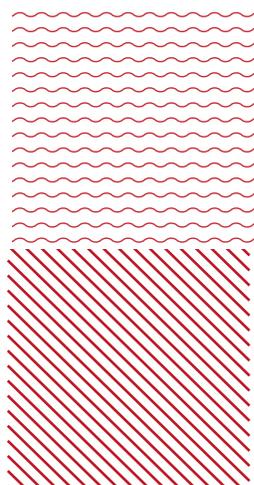
Al interior de la Escuela Institución, son los niños los que principalmente tienen la capacidad de configurar una Escuela Máquina de Guerra; algo que difícilmente puede lograr el docente debido su carácter como funcionario, es decir, alguien que presta sus servicios al Estado. Pero

eventualmente hay docentes que devienen Maestros de Máquina de Guerra, abandonan su identidad fija y se convierten en Filósofos, Brujos, Hechiceros; esto es, devienen multiplicidades; se burlan de las directrices del Estado, las toman, sí, pero las transforman en otra cosa.

Los Estados no son todopoderosos, ni su existencia puede ser eterna. La pretensión de permanencia es la prueba más grande de su ingenuidad, y solo la inocencia de quienes configuran máquinas de guerra, de quienes no reconocen la autoridad jerárquica del Estado, pueden generar rupturas tan grandes que terminen por acabarlo. Su fin puede significar la emergencia de un nuevo Estado [8], eso no importa; cada nuevo Estado es una posibilidad de generar nuevas formas de resistencia y de combatirlo, de la misma forma como cada nueva Escuela Institución es la oportunidad de emergencia de nuevas y más indeterminadas Escuelas Máquinas de Guerra. Estas solo pueden ser estudiadas desde una Nueva Pedagogía, una pedagogía que sería a su vez crítica pedagógica, es decir, un cuestionamiento a los discursos pedagógicos que provienen desde la institucionalidad del Estado, mas no desde un nuevo discurso que pueda imponerse y hacerse institucional, sino desde las prácticas de resistencia que emergen sin estar determinadas por la normatividad. Prácticas no disciplinares dado que

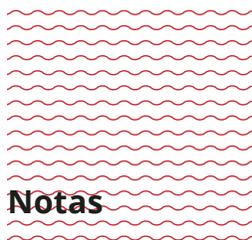
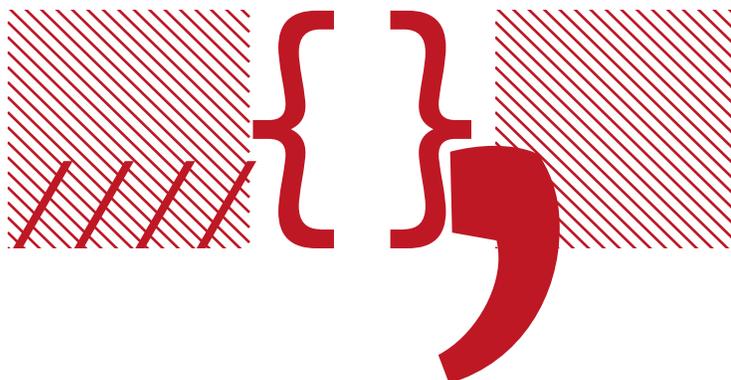
carecen de una estructura arborescente y de un discurso que las direcciona; son pues prácticas que podemos considerar “de libertad” dado su carácter de indeterminación. Así, las preguntas que se ha de plantear la crítica pedagógica son del tipo ¿Cómo se produjo tal agenciamiento en la Escuela institución? ¿Qué procesos de desterritorialización se presentan? ¿Cómo se producen? ¿De qué manera el Estado crea dispositivos mediante los cuales captura o intenta capturar la Escuela Máquina de Guerra?

Finalmente, de lo que se trata no es de mejorar determinado sistema educativo, sino de reconocer la posibilidad de una educación por completo diferente, asistemática, no trascendental e inmanente.



Referencias Bibliográficas

- Cárdenas, G. (2018). La filosofía como práctica cultural educativa. *Praxis, Educación y Pedagogía*, (1), 162 – 177.
- Cárdenas, G. (2014). *Palabras endemoniadas para ángeles sin talento*. Santiago de Cali: Impresora Feriva.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1985). *El antiedipo: Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1993). *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Editorial Anagrama.
- Deleuze, G. (1998). *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2002). *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*. Valencia: Editorial Pre-Textos.
- Foucault, M. (2009). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI editores.
- Touraine, A. (2000). *¿Podremos vivir juntos?* Argentina: Fondo de Cultura Económica



Notas

- ¹ Mg. en Educación Desarrollo Humano, Universidad San Buenaventura, Cali, Colombia. Docente de Investigación del Programa de Formación Complementaria, Escuela Normal Superior Farallones de Cali, Cali, Colombia. Correo electrónico: gustavoeducar@gmail.com ORCID: [0000-0002-9260-2732](https://orcid.org/0000-0002-9260-2732)
- ² Cuando decimos “aunque no haya quien enseñe”, nos estamos refiriendo a que la enseñanza no proviene de una sola figura como enseñante (el docente). Sí hay quien enseñe, pero no es una entidad fija sino cambiante, que deviene, cualquiera es quien enseña y cualquiera es quien aprende, no hay un referente, no hay una constante, solo variables.
- ³ Así como el Estado inventa la pedagogía como ciencia de captura y reproducción, también hay otra pedagogía como ciencia nómada, es una pedagogía oculta, desconocida, secreta. La pedagogía sedentaria, es decir, la de la Escuela Institución, hace uso

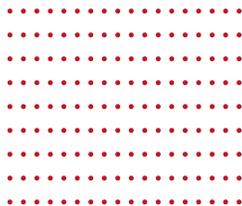


principalmente de la psicología; pero la pedagogía como ciencia nómada es creación de la Escuela Máquina de Guerra y no usa la filosofía, es filosofía. La pedagogía institucional es propia del maestro funcionario, pero el maestro nómada está en otro lado, en otra pedagogía. La pedagogía como ciencia nómada, es un concepto que desarrollaremos en una próxima oportunidad.

⁴ En Colombia, por ejemplo, el Estado al evaluar a un docente, no pone entre sus criterios de evaluación que el docente sepa y pueda involucrar la filosofía en su práctica pedagógica, pero sí exige que el docente haga uso de dispositivos electrónicos ya que eso ha de suponer que está “actualizado” y es, por lo tanto, un docente “innovador”, algo absurdo en sí mismo. Sin embargo, quienes son evaluados suelen preocuparse más por presentar una película, que por el sentido de ésta. El problema de la evaluación reside en su relación con el “valor”, es decir que lo que se evalúa, suele suponerse como valioso por el hecho mismo de ser evaluado.

⁵ Por lo vivo, entendemos aquí todo estado de cosas al cual podemos referir que tienen vida, y a lo viviente, todo aquello que favorece la vida, incluida la muerte. Al alimentarnos, por ejemplo, es posible establecer al mismo tiempo esta relación con lo vivo





y lo viviente, y está siempre presente la muerte. Aquello que es natural y que nos alimenta, es decir, nos mantiene vivos, ha de morir primero antes de unirse a nuestras vidas. Las formas como nos relacionamos con ello, además de la ingesta, son las que van a configurar las prácticas culturales, como es el caso del llamado “pagamento”, que realizan comunidades indígenas del Tolima, en Colombia.

⁶ Utilizamos el concepto de “Maestro Filósofo” no en referencia al “docente de filosofía” (que no necesariamente es un filósofo), sino al Maestro que asume la tarea pedagógica como un ejercicio filosófico, es decir, más como problematización que como resolución; y aunque desde cualquier campo y/o disciplina se pueden hacer cuestionamientos, solo la filosofía (y por ende la pedagogía) por su carácter “no institucional” puede cuestionar lo incuestionable: La verdad.

⁷ Por supuesto, nos estamos refiriendo aquí a lo que podríamos llamar Psicología Institucional; pero no negamos la posibilidad de que exista o pueda existir una Psicología que no solo no sirva a la institucionalidad del Estado, sino que lo combata.

⁸ Con esto hacemos referencia a procesos como, por ejemplo, la Revolución Rusa y la emergencia de la U.R.S.S.; es decir, los procesos de resistencia que dieron origen a tal revolución no lograron impedir la emergencia de un nuevo Estado, que por supuesto, fue a su vez la oportunidad para que se generarán nuevas configuraciones de resistencia.

